

—En esa parte tienes razon, Mauricio; pero hablando, hablando, aquí nos tienes ya en la puerta de tu casa.

—Sube.

—¡Dios me libre! Seria capaz de arañarme María, culpándome de tu tardanza.

—¿En qué quedamos?

—En que harás buen uso de las planchas y dejarás á Nerón con un palmo de narices.

—¿Y si manda nuevas?

—Les dás por trámite: *al archivo*.

—Me parece muy bien.

—Acuérdate de nuestro plan de conducta, adios.

—Gracias por tus buenos consejos, y hasta la vista—contestó Mauricio estrechando la mano que le tendia su amigo, y entró al patio de su casa pensando en la tempestad que le amenazaba en el hogar doméstico.

LXXVI.

La serpiente.

Al dia siguiente muy temprano recibió Mauricio una esquila en que se le suplicaba se encontrara en cierta casa de la Rivera de S. Cosme, con el objeto de hacer el retrato de una persona que acababa de morir, y cuyas facciones, desfiguradas por la enfermedad y por la muerte, querian conservar á toda costa sus deudos.

El pintor celebró mucho una casualidad que le proporcionaba ocasion de sustraerse á la escena matrimonial que sin duda se le preparaba con motivo de la plancha de la logia, tanto mas cuanto que su causa ante María se habia agravado enormemente por su brusca salida del dia anterior y por su injustificable tardanza. Tomó, pues, con cierto gusto sus lápices y un gran pedazo de papel para hacer el contorno del cadáver, y sin despedirse de su esposa se dirigió á la plaza mayor para ocupar un asiento en uno de esos espantosos carruajes, llenos de insectos, súcios é incómodos, que hacen viajes

del centro de la ciudad á su barrio mas hermoso, y que por ironía sin duda se llaman carretelas.

Dejémosle desesperarse primero aguardando otros tres compañeros mártires, y renegar despues con los saltos del carruaje y la calma de los rucios que se armaban á cada esquina como para pedir que les dieran de almorzar, y echemos una mirada indiscreta á su hogar donde vamos á presenciar una inesperada escena.

María, que parecia un dechado de todos los defectos morales, era perezosa, y buen rato hacia que su marido sufría la magullacion de sus huesos en la infernal carretela que le conducía á S. Cosme, cuando estirando sus hermosos brazos por encima de las sábanas, y lanzando un suspiro, despertó.

Pasóse la mano por la frente, se restregó los ojos, é incorporándose en el lecho miró ávidamente á todos lados buscando á su víctima.

—¡Mauricio!—gritó, notando el silencio en que se hallaba la casa—¿estás ahí?

Nadie respondió.

—¡Simona!—gritó entónces mas alto—¡Simona!

El mismo silencio.

—¡Simona!—repitió la antigua modelo desgañitándose—¿no oyes que te llamo?

Un niño del vecindario que jugaba en el corredor respondió fingiendo la voz:

—Allá voy, niña.

Aquello era mas de lo que se necesitaba para que se le subiera á María la sangre á la cabeza; furiosa se levantó de la cama, y sin calzarse siquiera, fué al cuarto que servía de taller al pintor. Como nuestros lectores pueden suponerlo, se hallaba vacío. Entónces se dirigió á la cocina en busca de Si-

mona, dispuesta á descargar su cólera contra la infeliz Martines; la cocina estaba desierta.

Maldiciendo su suerte y renegando de la vida volvió María á su cuarto, y comenzaba á vestirse cuando oyó que llamaban discretamente á la puerta. Pensó que sería el mismo chico que ántes se habia burlado de ella, y no contestó. A poco se repitió el llamamiento, y estando ya vestida fué á abrir violentamente deseando castigar al picaruelo que la importunaba. Abrió de par en par la puerta con irritada mano y se disponía á vomitar por aquella boca cuantas injurias sabia, pero enmudeció á la vista de un jóven elegante que la saludaba respetuosamente y que con amable acento le preguntaba:

—¿Vive aquí el señor Gonzaga?

—Sí señor.

—¿La señora su esposa?

—¿Mande vd.?

—Desearia hablar dos palabras á solas con vd.

—No sé si deba.....

—Va en ello la tranquilidad de vd.; ¡su esposo la engaña!

—¡Que me engaña! ya yo me lo sospechaba; hágame vd. favor de esperar un poco, voy á abrir la puerta del taller.

Manuel, que no era otro el que de tan extraña manera se presentaba en casa de Mauricio, se inclinó, y María se retiró para hacerle entrar al taller de Mauricio, que servía de cuarto de recibir.

Nuestros lectores recordarán que Manuel ofreció á Ludovico pruebas de que Mauricio traicionaba á la sociedad masónica; esto habria sido imposible para otro que para el mason propagandista, porque, verdaderamente, nuestro héroe no era culpable de semejante delito; pero Manuel no era hombre que perdonaba fácilmente; todos los medios le parecían buenos pa-

ra llevar á cabo su venganza, y habia concebido un plan diabólico que habia de dar por último resultado la perdicion de Mauricio.

¿Por qué, siendo Ramon quien le habia insultado, ese odio y ese rencor contra Mauricio?

En los abismos de esas almas tenebrosas como la del hombre que acababa de llamar á la puerta del pintor hay de esos misterios inconcebibles; perdiendo á Mauricio, Manuel pensaba quedar vengado de Ramon. Seria preciso escribir un tratado completo de psicología para explicar semejantes fenómenos del corazon humano; nosotros, pobres narradores, sin pretensiones de sabios, tenemos que conformarnos con registrar sus efectos huyendo de investigar sus causas.

Manuel, á quien protegía alguna deidad infernal, habia encontrado modo de alejar á Mauricio de su casa proporcionándole el extraño trabajo para el que habia sido llamado; importaba á la consecucion de sus planes el tener una explicacion con María.

Esta, como hemos dicho, abrió la puerta del taller para darle paso, é indicándole un asiento, tomó ella misma una silla pequeña en la que se sentó en actitud de escucharle.

—Señora, le dijo Manuel, ¿su marido de vd. sale frecuentemente solo de noche y vuelve á horas intempestivas?

—Sí, señor.

—¿Ha notado vd. en él algo misterioso, sabe que se comunique con alguna persona de una manera poco comun?

—¡Ay! sí, señor; ¿cómo es que se halla vd. tan bien informado? Ayer precisamente he sorprendido un papel que le mandaban y cuyo sentido no pude comprender.

—¡Con que es cierto!—dijo Manuel fingiendo indignacion—¡con que no me habian engañado! ¡la pérfida me es infiel! ¡me olvida! ¿y por quién? por un hombre casado, por un hom-

bre que tiene contraídas sagradas obligaciones y que las olvida para deshonrarme.....

—No comprendo.....—respondió María espantada, creyendo sériamente en la fingida indignacion de Manuel—algunas vecinas á quienes hablé del asunto me dijeron que no tenia por qué apurarme, que eso indicaba que mi marido era mason.

—¡Mason!..... si no hay masones mas que en las novelas; ¡ah señora! ambos somos víctimas de la mas horrible trama; á vd. su indigno esposo, á mí la mujer á quien dí mi corazon, mi nombre y mi fortuna, nos engañan de la manera mas abominable.

María sentía que la ira la ahogaba; si hubiera tenido á mano á Mauricio en aquel momento, le habria despedazado.

—¡Es necesario vengarnos!—continuó Manuel, fingiendo una exaltacion creciente.

—Sí, contestó María, que vuelva ese hombre y le arrancaré con mis propias manos el corazon.

—¡Prudencia, señora, prudencia! tenemos que coger todos los hilos de la trama para que nuestra venganza se asegure. Escúcheme vd. con calma, sé todos los manejos de esos indignos amantes, pero necesito una prueba para confundirlos, y una vez adquirida esa prueba, mi venganza será la de vd. tambien. Unámonos para llevar á cabo mis proyectos. ¿Quiere vd?

—¡Que si quiero! soy de vd. con toda el alma; mande, disponga, que en confundiendo al pérfido, mi vida seria poco en cambio de mi venganza.

—Pues bien, escuche vd.

—Ya oigo.

—Mañana en la noche vendrá un hombre á buscar á su esposo de vd. Es preciso que no le halle en casa.

—Lo creo imposible, porque cuando espera á álguien no sale.

—Yo me encargo de alejarle.

—¿Y despues?

—Vd. se hará pasar por hermana del señor Gonzaga y le dirá que si le trae alguna plancha del taller está vd. autorizada para recibirla.

—¿Qué es eso?

—Han inventado un idioma apropósito para que ni vd. ni yo los sorprendamos.

—¡Infames!

—Y la plancha del taller es una cita de amor disfrazada con palabras convencionales.

—¡Pero, señor, cabe en pecho humano semejante maldad!

—Ese hombre—continuó Manuel—se resistirá sin duda á darle á vd. la carta que traiga; pero á ser ciertos mis informes se la entregará si vd. le dice las palabras convenidas entre esa mujer, que ya no me atrevo á llamar mia, y su marido de vd.; palabras que han inventado para que nadie sorprenda su correspondencia y que tiene que repetir Gonzaga cada vez que recibe noticias y avisos de esa infame.

—¿Y qué palabras son esas?

—Primeramente le preguntará vd. si viene de la cámara de enmedio.

—¿De la cámara de enmedio?

—Sí, son palabras sin sentido, como las contraseñas de las rondas. El hombre levantará los brazos al cielo y entónces vd. le tenderá su mano dándosela de manera que parezca que quiere vd. clavarle las uñas de los cuatro dedos en la muñeca; así—concluyó Manuel dando á María la mano á la manera de los maestros masones—y le dirá vd. la palabra *Giblim*.

—Permítame vd. apuntarla para que no se me olvide.

—Pero es preciso que la aprenda vd. de memoria.

—Giblim..... giblim..... giblim..... no 'se me ol-

vidará; sin embargo, la apunto; ¿y qué sucederá entónces?

—El hombre le dará á vd. el recado que traiga para su marido. Como vd. no ha de entenderle, yo vendré al dia siguiente á explicárselo. Entretanto, mucha prudencia.

—Es difícil; estoy hirviendo de cólera.

—Necesitamos mucho disimulo y mucha prudencia para asegurar nuestra venganza; nada perderá vd. con esperar.

Manuel se despidió de María y salió de la habitacion del pintor, diciendo para sí:

—Cuando Ludovico oiga de boca de María la palabra de pase de maestro, y sienta el tocamiento de su mano, no resistirá á su indignacion; pedirá contra Mauricio la pena de persecucion y le exterminaremos.

María por su parte se quedó extática; no podia darse cuenta de lo que le pasaba ¡y cosa extraña! ella, que cuando tenia simples sospechas infundadas de la fidelidad de Mauricio encontraba modo de desfogar su cólera contra él y palabras con que injuriarle, al tener casi la certeza de su falta sentia su ira sofocada por el dolor; parecia que las lágrimas de su alma apagaban el incendio que la devoraba. Y era que aquel ser extraño amaba á Mauricio con todas las fuerzas de su corazon, pero le amaba á su modo, con un amor que no tiene explicacion mas que en las anomalías humanas y que participa mucho del que domina entre la gente mas infeliz de nuestro pueblo, y cuya magnitud y sinceridad se estiman por los golpes que se dan y se reciben.